

le imitaban en la corecova, y los de Aristóteles en el habla tartamuda.

No se escandalizen los lectores, criados desde su niñez en el lenguaje francó-hispano, si en los exemplos de españoles rancios que ofrezco á sus ojos, cevados en otro pasto, no encontráren las palabras favoritas de la moderna moda, como *ser supremo*, *humanidad*, *beneficencia*, *sociedad*, *seres*, *sentimientos*, *detalles*, *asambleas*, &c. porque en aquellos tiempos no se habian desterrado de nuestra lengua los nombres de *criador*, de *Señor*, de *Altísimo*, de *Divino Rector ó Hacedor*, de *Omnipotente*, en fin, de *Dios*, pues parece afectacion olvidarse de estas palabras que huelen demasiado á teología en el reynado de la filosofía. Los que asi hablan y escriben, sin duda no han advertido que el *ser supremo*, sacado todo entero del *souverain être* francés, nada significa en castellano, por que esta idea abstracta se explica entre nosotros por *soberana esencia*, ó *divina substancia*, que asi lo dice Fr. Luis de Granada, y lo dicen otros escritores nuestros que entendian bien su lengua, y sabian como se habia de nombrar á Dios. Hasta estos últimos tiempos decíamos pias fundaciones, casas de piedad, ó de mi-

sericordia ; pero, como esto olería hoy á virtudes cristianas, se ha cambiado en *establecimientos de beneficencia*, á modo de fábricas ó talleres de artes. En efecto, las palabras piedad caridad, misericordia, han ido desapareciendo á la vista de la filosófica *humanidad*, que hoy suple los oficios de todas aquellas virtudes. Tambien se conocian en otro tiempo entre nosotros la *humanidad* y la *beneficencia*, y se exercitaban mas que ahora : díganlo los hospitales, los hospicios, refugios, Amparos, Inclusas, Colegios, &c. en casi todos los pueblos de España, que cuentan algunos siglos de antigüedad ; pero aquellos dos nombres mas se aplicaban entonces á las virtudes privadas que á las públicas. Tambien se usaban entonces, y se leerán en los exemplos de nuestros autores, las voces de *sociedad* ; pero acompañada siempre del adjunto *humana* ó *civil* : Se conocian tambien los *seres* baxo el nombre de entes, y otras veces de criaturas : los sentimientos eran entonces afectos ó afecciones ; los *detalles* eran pormenores ; las *asambleas*, juntas, congresos, concursos, cabildos, &c.

Sin ser un tratado clásico de retórica esta obra, he creido necesario clasificar y definir los

nombres del arte, todos los tropos, figuras, sentencias, y géneros del estilo. No hay que tachar este pensamiento, ni de pedanteria, ni de presuncion, y mucho menos de puerilidad. Me ha parecido necesario llevar este camino para guardar método, orden, y claridad. La distribucion y la nomenclatura ayudan á la memoria y á la inteligencia, sin perjudicar á la doctrina, ni á las reflexiones que la acompañan. Esto mismo guardan la química, la botánica, la geometria, la metafísica, hoy ideología; y la medicina tambien. Y teniendo estas ciencias sus principios y nomenclatura técnica ¿habia de carecer de ella la eloquencia como arte, para descender á las reglas, á las particiones oratorias, á los géneros, y especies?

¿Qué perderá el lector en oír los nombres de *metonimia*, de *perífrasis*, de *apóstrofe*, de *prosopeya*, así el que los ignora, como el que los tiene olvidados? El primero verá la definicion y la doctrina con muestras que la confirmen en su respectivo lugar, como si para cada cosa se hubiese escrito aquel solo artículo; y el segundo renovará lo uno y lo otro, y tal vez hallará alguna novedad, y se aprovechará de los ejemplos varios, que es todo el fruto de la doctrina.

No hay, pues, eloquencia sin elocucion, ni elocucion sin retórica. Ninguna de estas tres cosas conocen, ni pueden distinguir los romancistas; y las personas que llamamos legas podrán cometer figuras sin saberlo ellos mismos, podrán decir una frase sublime sin apercibirlo quando la ivan á decir, ni quando la decian, ni despues de haberla dicho, y acaso no dirán otra en un año. Tampoco estos serán capaces de hacer una composicion entera; ni tampoco una sola frase la formarán límpia, elegante, ni correcta, y aun menos sabrán escribirla; por que en esto último entra ya el exercicio y el estudio del arte; y obra tibia y sosegadamente el ánimo para producir sus pensamientos con orden, precision y claridad, y evitar los muchos vicios en que debe caer forzosamente el que no tiene estilo formado; pues no lo puede poseer aquel que ignore sus elementos, sus cánones, sus géneros y calidades. Y ¿cómo tendrá presentes estas reglas y principios el que no conozca el arte que las ha recopilado, clasificado, esclarecido, y exemplificado?

La eloquencia fué antes que la retórica, es verdad; pero debe entenderse, no el estilo, no

la composicion, ni una pieza eloqüente, sino dichos ó rasgos sueltos, breves oraciones, producidas por la sola imaginacion ó pasion momentánea de hombres de buen juicio movidos de un impulso natural.

El arte vino despues y recopiló estos dichos y estas frases, las definió, las calificó, las ordenó, y clasificó, y de todo formó un cuerpo de doctrina de elocucion para los que se dedicasen á la oratoria, en cuyo exercicio poco hubieran aprovechado, sino hubiesen tenido bien leidas y meditadas sus reglas, y la aplicacion de los exemplos.

El uso que se debe hacer de estas reglas, la oportunidad, los casos, y las circunstancias, ya no dependen del mecanismo del arte; dependen sí de la discrecion, del feliz tino, y del buen gusto del que habla ó escribe; y el que bien escribe no puede dexar de estar muy familiarizado antes con las reglas, los nombres y sus definiciones, por mas que despues afecte despreciarlas como minucias clásicas ó pueriles. Si esto no fuere así ¿ cómo es que las personas iliteratas, ó sean legas, por mas diestros pendolistas que sean en todos los ramos, escriben tan incorrectamente

una oracion en pasando de seis lineas? y mas todavia, si hay que salir fuera del carril gramatical ú ofcional para levantarse á region mas noble ó figurada, se suelen perder entonces, porque ni tienen alas quando quieren volar, ni báculo para caminar por terreno escabroso y desconocido para ellos, ni luz que los guie en la obscuridad de sus ideas, ni hallan suelo donde hacer pié quando se entran con el agua hasta la barba? Estas alas, este báculo, lo presta la retórica; y en los preceptos que dicta para el estilo, halla la luz para no descarriarse, y el suelo para no ahogarse, el que pretende escribir destituido de su socorro.

Muchas de las personas que, por moda, mas que por razon, hacen melindres á las voces *hipotiposis*, *metalepsis*, *silepsis*, *antithesis*, &c., que entran en la nomenclatura de la elocucion, sufren, y aun aprenden con empeño y no con poca vanidad, sin ser físicos de profesion, sino aficionados, los nombres exóticos de *azoes*, *óxidos*, *sulfates*, *carbonates*, &c. de la fisiologia moderna, que á la verdad no son, ni mas dulces ni mas inteligibles que los otros. He llegado á sospechar, á vista de esta contradiccion de muchos

hombres que cultivan las letras, que tal vez miran como puerilidad la nomenclatura retórica, por que aprendieron el arte en su puericia, como desdeñándose, quando adultos, de tan humilde recuerdo. Si es esta la causa, me confirmo en lo que tengo dicho en la primera edicion de esta obra, y me lo ha vuelto á confirmar mi propia experiencia; esto es, que el arte de bien decir se debiera enseñar á los jóvenes despues de la lógica y de los demas estudios filosóficos; y entonces la edad de los discípulos, como su razon, ya mas cultivada, ademas del mayor fruto que cogeria, daria mas autoridad é importancia al estudio de la retórica.

El escritor ha de cometer las figuras y formar sus periodos sin prepararse para hacerlo, ni acordarse en aquel acto de sus nombres y definiciones, sino despues de hechos para corregir lo que haya dicho mal. Para este caso sirve el estudio anterior de la retórica, ya sea para no caer en yerros, ya para enmendarlos despues de cometidos. Y asi, quando he dicho que los dechados sirven mas que los preceptos, no he querido decir otra cosa sino que sirven para la imitacion y el estudio. De otra manera ¿ cómo se distinguirán

las bellezas, como se sabrá escoger lo bueno, lo digno, lo mejor, si no se ha conocido antes? Y ¿ cómo se conocerá si no se tienen ya sabidos los preceptos?

Preceptos, vestidos, ó mejor, disfrazados con observaciones, reflexiones, advertencias exemplares, he sembrado en esta obra, ya directos ya indirectos, para no dexar la doctrina con la sequedad y desnudez de lecciones de la clase. No contento con haber escogido insignes exemplos, he querido multiplicarlos en cada sentencia y figura, introduciendo en cada una, no un autor sino muchos, para que se vea entre la diferencia de ellos la gran variedad de modos, y de caminos por donde cada qual llega al mismo fin, diciendo un mismo pensamiento sin decirlo de un mismo modo. Y acordándome de que la perfecta belleza se debe sacar de distintos modelos, por quanto en un solo individuo es imposible hallarse cosa del todo perfecta; asi me ha parecido util, ademas de agradable, la vária lectura de exemplos de diferentes autores nuestros.

Baxo de esta regla he juzgado á Zeuxis de Heracléa, famosísimo pintor, por muy prudente

en haber sacado de muchas hermosas doncellas escogidas una perfecta hermosura, pareciendole que no bastaba un exemplar para sacar la imagen de la que admiró á toda Grecia, y dió que hacer á muchos poetas que pretendieron alabarla, y por quien habian contendido toda el Asia y la Europa. Euzompo parece que aprobó esta manera de imitar quando preguntado ¿qué pintor de los antiguos se proponía para imitar? dicen que, señalando con la mano hácia cierta junta de gentes, respondió: *Yo? á la naturaleza imito, y no á hombre alguno.* De este dicho parece que sacó Lisipo lo que solia decir: que de la pintura misma habia aprendido, y sacado el atrevimiento.

Y, como puede suceder que aquel último punto de gracia y de perfeccion á que no alcance la composicion de un autor, alcance la de otro; ó que, cotejadas las muestras de dos ó tres escritores eloqüentes, cada qual á su manera, se venga á formar un juicio verdadero del mérito particular de cada uno, y la calificacion del buen escritor en general; hé querido hacer en cada figura una como reseña de las plumas de muchos.

Nada se perderá en la extension de lecturas tan várias, para aprender los varios modos de expresar un pensamiento determinado, y siempre con eloquencia, que no varía; y á lo menos se ganará mucho de parte de nuestra lengua, familiarizandonos con el buen decir de los padres de ella.

Ciceron, queriendo escribir de la manera de orar, hizo por lindo orden mencion de todos los que habian orado ó escrito de oratoria, asi griegos como latinos; y con admirable felicidad y agudeza de ingenio, y con propiedad grande de palabras, los representó, sin dexar cosa que fuese digna de loa en alguno de ellos. Y alabó, no solo á los célebres, mas tambien á los de menos nombre, por que entendia que no podian dexar de tener alguna cosa digna de alabanza, y asi introduce á Pomponio Atico; que á grandes voces le dice: *tú ciertamente vás ya dando las heces;* y él le responde: *Yo voy buscando todos los que se atrevieron á orar en público, por no dexar alguno de quien no pueda sacarse fruto.* Y no dexaba de creer por eso el orador Romano, como lo dice: que la verdadera per-

feccion está en aquella suprema imagen de  
belleza que se vé con sola la mente é imagi-  
nacion, á que no alcanzan los sentidos, y que  
acá abaxo se ha de sacar de cada cosa lo  
que pareciere mas perfecto.

## FILOSOFIA

DE LA

## E LO Q Ü E N C I A .

### INTRODUCCION.

**DESPUES** de haber los hombres perfeccionado la facultad de comunicarse sus ideas, cultivaron la de infundirse sus pasiones. Este ejercicio en las instituciones democráticas produjo y autorizó el talento oratorio: de cuyos maravillosos exemplos se vino á formar un arte sublime, que, escuchado como oráculo en las deliberaciones públicas, fué árbitro de la paz y de la guerra, terror y azote de la tiranía, y tal vez arma fatal de los tiranos.

De aqui tomó su origen é imperio la eloqüencia, que destinada para hablar al corazon como la lógica al entendimiento, llegó en la antigüedad á imponer silencio á la razon humana. Asi es que los prodigios que obró muchas veces en boca de un ciudadano cauti-

vando los ánimos de un pueblo entero, forman acaso el testimonio mas admirable de la superioridad de un hombre sobre la muchedumbre. Dexando innumerables exemplos, basta traer á la memoria aquel Cyneas Tésalo, hombre tan grave y suave en el decir, que Pyrró rey de los Epirótas le embió por embaxador á muchas ciudades, el qual las traxo de tal suerte á su devocion, que mostró ser verdadera la sentencia de Eurípides, de que *acaba todas las cosas la Oracion, con la qual poco puede el hierro enemigo*. Y aun el mismo Pyrró solia confesar que mas pueblos habia adquirido con la lengua de Cynéas que con las armas.

La eloqüencia pública tuvo su cuna y su trono en las repúblicas, por que allí era necesario para mandar á los hombres, persuadirles la necesidad y justicia de la ley; y allí se conservó siempre estimada, por que en aquella forma de gobierno abria el camino para las dignidades, el honor, y las riquezas. Esta fué la causa de que en aquellos estados populares se honrasen no solo la eloqüencia, sino tambien todas las demas profesiones propias para constituir oradores, como eran la política, la jurisprudencia, la poética y la filosofía. Entonces se echó de ver que para ser insigne orador era menester, no solo criarse en aquel concurso de circunstancias necesarias para formar un hombre grande, mas aun en tiempos y payses, donde

se pudiese impunemente reprehender el vicio, honrar la virtud, y predicar la verdad. En efecto si Atenas y Roma, tan fecundas en ilustres oradores en una edad, fueron tan estériles en otra, fué por que la eloqüencia corrió allí, como en todas partes, la fortuna de la libertad. Asi la grande época de los griegos se cuenta desde Pisistrato hasta Alexandro, y la de los romanos desde Mario hasta Augusto Cesar. Sosegadas las disensiones del pueblo, atajado el desenfreno de los partidos, sugetas las pasiones y las armas al rigor de las leyes, cesaron las importantes causas y debates que en el foro y en el senado habian hecho valiente y magnífica la eloqüencia. Desde entonces los oradores públicos, cuyo destino era como un empleo del Estado, acabaron su oficio; y precisados á abrazar asuntos pacíficos y particulares, se vieron reducidos á la condicion de simples abogados.

La eloqüencia, que nació antes que la retórica, asi como las lenguas se formaron antes que la gramática, no es otra cosa, hablando con propiedad, sino el dón feliz de imprimir con calor y eficacia en el ánimo del oyente los afectos que tienen agitado el nuestro. Este sublime talento nace de aquel exquisito deleyte que hallamos en las cosas, cuya grandeza, importancia y verdad ocupan nuestro corazon: por que la misma disposicion del alma que nos

hace sentir con viveza qualquier movimiento interior, basta para hacernos comunicar su impulso á los oyentes. Asi, pues, parece que no hay arte para ser eloqüente, una vez que no lo hay para sentir.

Los grandes maestros dedicaron sus preceptos, mas para evitar los defectos, que para enseñar las perfecciones: por que la naturaleza sola cria los hombres de ingenio, del modo que forma en las entrañas de la tierra brutos é informes los metales preciosos; el arte hace despues en el ingenio lo que en estos metales: los limpia y acrisola. Si la fuerza de la eloqüencia dependiese directamente del artificio, no viéramos que lo sublime se traduce siempre, y casi nunca el estilo; pues el trozo verdaderamente eloqüente es el que conserva su carácter pasando de una léngua á otra.

Vemos tambien que la naturaleza hace eloqüentes á los hombres en los asuntos de grande interés, y en una vehemente pasion, que son dos fuentes de sentencias sublimes y verdaderas: por esto casi todas las personas hablan bien en la hora de la muerte. El que se conmueve vé las cosas con otros ojos que los demas hombres; compara y pinta con veloz pincel; y hasta las personas vulgares, como lo muestra la experiencia, llevadas de su natural imaginacion, se explican con tropos y figuras: asi en todas las lenguas *arde el corazon, ciega la*

*cólera, embriaga el amor, se enciende el odio, &c.* Esta misma naturaleza es la que inspira algunas veces expresiones vivas y animadas, quando un vehemente deseo, un peligro inminente llaman de repente á su socorro la imaginacion. Enrique IV. de Borbon, para animar á sus soldados en la batalla de Ivri, asi les dice con su exemplo: *Compañeros: vosotros correis mi fortuna y yo la vuestra. Quando perdais las banderas, seguid mi penacho blanco, que lo hallareis siempre en el camino del honor y de la gloria.*

Mas ardiente y sublime hálo yo esta breve harenga que hizo un caudillo de patriotas, para animarlos, al ver el ejército Real que venia á darles batalla: *Yo no soy de los que se reservan para el premio: capitan quiero ser de los muertos; y si no me halláredes entre vosotros, buscadme allá entre los enemigos.* Tráela D. Francisco Manuel en su Historia de la guerra de Cataluña de 1641 en boca de Tamarit, xefe de los Barceloneses amenazados de perder sus fueros.

Dirémos, pues, que los rasgos en que brilla la eloqüencia apasionada son hijos del corazon, y no de los preceptos frios; ántes por aquellos se formaron las reglas, por que en todas las cosas la naturaleza fue siempre madre y modelo del arte.

Pero ¿no se ha dicho como axioma comun,



que los poetas nacen, y los oradores se hacen? Si, es verdad; pero no es lo mismo decir cosas con eloqüencia que ser escritor ú orador eloqüente. Este necesita estudiar las leyes, las inclinaciones de los jueces, las costumbres y pasiones y el gusto de su tiempo, para persuadir, mover y deleytar; y ambos deben, por un largo exercicio y estudio de su lengua y de sus tesoros, texer sus sentencias, ordenar sus palabras, medir sus frases, vestir sus razones, esforzar sus afectos, y sostener el discurso para llamar la atencion del oyente, y captar su benevolencia. La gracia y mérito del orador está, no solo en expresar bien lo que siente, más aún lo que no siente; y en esta ficcion es donde hace toda la costa el arte, y muy poca la naturaleza.

El arte, es verdad, no dá el talento, ni el ingenio, ni la imaginacion, ni las afecciones al que carece de estas dotes naturales; pero enseña á usar de ellas en tiempo y sazón, á darles el temple conveniente, y á distribuir las particiones y adornos que pide una composicion eloqüente, ya sea oracion, plática, ó razonamiento. Esta parte artificial, hija toda del estudio, ademas del peso y grandeza de las razones, conviene sobre manera al hombre político, y al capitan, para exórtar á los ciudadanos, y mover á los guerreros. Buen exemplo de esto tenemos en las Filípicas, y algunas harengas

que hay en Tucídides y Quinto Curcio, y no de menos valor, ni en menor número, las que se leen en varios de nuestros historiadores. Sea la primera la plática que Bartolomé de Argensola en su historia de las Molúcas pone en boca del Rey de Tydóre xefe de la liga contra los Europeos, para mover á los príncipes comarcanos y confederados. *Nuestras fuerzas se han juntado para librarnos del yugo européo castigando, con riesgo de nuestra ruina general, unos hombres á quienes no obligan nuestros beneficios, ni enmendaron nuestras amenazas: ladrones del orbe, que le tienen usurpado cubriendo su codicia con títulos magníficos y piadosos! En vano hemos probado siempre aplacar su soberbia por medio de nuestra obediencia y modestia: si hallan enemigos ricos, se muestran avaros; si pobres, ambiciosos. Sola esta nacion es la que con igual deseo codicia las riquezas y las miserias ajenas. Roban, matan, avasallan, y con falsos nombres nos privan de nuestro imperio: y hasta que convierten las provincias en soledades, no les parece segura la paz. Nos hallamos poseedores de las mas fértiles islas del Asia, solo para que con sus frutos compremos servidumbre y vasallage infame, convirtiendo esta felicísima liberalidad del cielo en tributos á la ambicion de tiranos advenedizos. Experiencia tenemos de quan odioso ha sido siempre nuestro valor á los capitanes christianos, los quales, por esto mismo,*

no debemos esperar ni mas modestos, ni menos enemigos. Tened, pues, en memoria, asi los reyes como los súbditos, asi los que os prometeis gloria como los que salud, que ninguna de estas cosas se alcanza sin libertad, ni esta sin brios y sin conformidad.

Leemos en el mismo Argensola la lamentable harenga que la Reyna viuda de Ternáte hizo á los portugueses, apretando entre sus brazos al tierno infante su hijo, al tiempo que querian quitarselo só color que ivan á coronarle: *Quando yo estuviera cierta de que le llevais para que reyne en sosegada fortuna y en prosperidad no asaltada de temores; quisiera mas verle crecer y durar en vida privada, sin cargas de ningun cuidado público, que verle reynar por vuestro antojo: ¿Será justo que os entregue mi hijo para recibir la corona, y juntamente le destineis á las cadenas y hierros, de los cuales vengan á librarle solo el veneno y las falsas acusaciones con que han fenecido sus hermanos y sus padres? Que prendas me tiene dadas la fortuna de que en este niño se ha de aplacar con aquella familia, á quien por la proteccion que pensó hallar en vuestras armas, ordenó que le cargaseis yugo intolerable? Dexadnos, pues á la madre y al hijo ocupar los ánimos en las obras de la naturaleza, ya que las de la fortuna nos han desengañado con tan costosas experiencias. Permitid que nos*

nos divirtamos de ellas con el cultivo y manse-  
dumbre de estos jardines; séanos, siquiera, licito carecer de lo que tantos desean.

Que dirémos de la elocucion que hizo Hernando Cortés á sus soldados quando llegó de la Havana á la Isla de Cozumel, animandoles á la empresa: *Amigos y compañeros (les dice) la causa de Dios nos lleva, y la de nuestro rey, que tambien es suya, á conquistar regiones no conocidas, y ella misma volverá por sí mirando por nosotros. No es mi ánimo facilitaros la empresa que acometemos: combates nos esperan sangrientos, facciones increíbles, batallas desiguales en que habreis menester socorridos de todo vuestro valor: miserias de la necesidad, inclemencias del tiempo, y asperezas de la tierra en que os será necesario el sufrimiento, que es el segundo valor de los hombres. Pocos somos, pero la union multiplica los exércitos, y en nuestra conformidad está nuestra mayor fortaleza. Uno, amigos, ha de ser el consejo en quanto se resolviere, una la mano en la execucion, comun la utilidad, y comun la gloria en lo que se conquistáre. Del valor de qualquiera se ha de fabricar y componer la seguridad de todos. Vuestro caudillo soy, y seré el primero en aventurar la vida por el menor de los soldados; y mas tendreis que obedecer en mi exemplo que en mis órdenes.*

Verémos otro exemplo del estilo en que se

visten las harengas en la exórtacion que hizo á los Mexicanos el rey de Tezcúco, sobrino de Motezuma que estaba á la sazón preso en poder de los españoles: *A que aguardamos (les dice) amigos y parientes, que no abrimos los ojos al oprobio de nuestra nacion y á la vileza de nuestro sufrimiento? Nosotros que nacimos á las armas, y ponemos nuestra mayor felicidad en el terror de nuestros enemigos ¿doblamos la cerviz al yugo afrentoso de una gente advenediza? ¿Que son sus atrevimientos sino acusaciones de nuestra floxedad, y desprecio de nuestra paciencia? Prendieron al gran Motezuma, sacandole violentamente de su palacio; y no contentos con ponerle guardias á nuestra vista, pasaron á ultrajar su persona y dignidad con las prisiones de los delinquentes. ¿Quien habrá que lo crea, sin desmentir á sus ojos? O verdad ignominiosa, digna del silencio, y mejor para el olvido! Pues ¿en que os deteneis, ilustrados mexicanos, preso vuestro rey, y vosotros desarmados? Esta libertad que le veis gozar estos dias, no es libertad sino un tránsito engañoso á otro cautiverio de mayor indecencia, pues le han tiranizado el corazon, y se han hecho dueños de su voluntad, que es la prision mas indigna de los reyes.*

Estos razonamientos, y todos los que se llaman directos en las historias antiguas, son fingidos, es verdad; son inverosímiles ademas,

y tambien es verdad. El autor es quien escribe, quien dicta, y quien habla, quando pone sus cultas razones en boca de incultos personajes. Pero no se han trasladado aqui sino para mostrar que ninguno, ora sea docto, ora indocto, puede labrar la estructura de estas ficciones en fuerza solo de su natural sino se socorre del arte y del estudio.

La eloqüencia de la naturaleza es comun al hombre civil y al salvage: rasgos se citan de ellos, y no discursos. En sus breves sentencias hay palabras, y no hay estilo; hay imágenes, y no colorido; hay grandeza, y falta el decoro; hay sencillez, mas no hermosura. Hablan las pasiones rompiendo por la salida mas corta, como son el amor, y el dolor, cuya impetuosa expresion rebienta en exclamaciones, imprecaciones, quejas, amenazas, deprecaciones, y en personificaciones comunes. Pero la elocucion, que es el habla culta, pura, noble, espléndida, agraciada y persuasiva, solo se alcanza fundamental y científicamente con el estudio de la retórica, por que en ella está cifrado el arte de bien decir. A este debieron su fama y excelencia las oraciones de los Escînes y Demóstenes, de los Tulios, Brutos, Antonios, Crasos, y Hortensios.

En tanta estima se tuvo siempre la gracia de la eloqüencia, que aquellos grandes reyes, engendrados de Dios como dice Homero, hincha-

dos con la púrpura, cetro, guardias y oráculos divinos, y que con su grandeza y magestad espantaban y sugetaban al vulgo; tambien querian hablar por reglas de retórica, y abogaban en el foro, usando de la facundia y razones que sublimaban á los hombres. al sumo grado de reputacion. Pedian á Jupiter el consejo, á Minerva el entendimiento, y á Caliope la eloqüencia.

## CALIDADES DEL TALENTO ORATORIO.

EL que pretenda á un tiempo enseñar, mover, y deleytar, que es oficio del orador ¿qué conocimiento no es menester que tenga del corazon humano, de su propio idioma, y del espíritu del siglo en que vive? ¿qué gusto, para presentar sus conceptos en un semblante agradable? qué estudio, para ordenarlos del modo que hagan la mas viva impresion en el ánimo de los oyentes? qué discernimiento para distinguir las circunstancias que deben tratarse con alguna extension de las que, para ser sentidas, bástales solo ser manifestadas? qué arte, en fin, para hermanar siempre la variedad con el orden y la claridad.

El hombre eloqüente huye de la aridez del estilo didáctico, por que no basta que sea magnífico, alto, y sólido un pensamiento, sino es felizmente expresado. La hermosura del estilo solo consiste en la claridad y colorido de la frase, y en el arte de exponer las ideas. Asi, pues, hay gran diferencia entre el escritor eloqüente y el escritor elegante. El primero se anuncia con una elocucion animada y persuasiva, formada de expresiones valientes, enérgi-